

12/05/02

630085
"El Rancagüño" 86 Años 19

terario



El libro «Fuego Azul»

De Alejandro Latorre Quintanilla

Alejandro Latorre no es un poeta cualquiera. Tampoco es cualquier poeta. Recién asumidos los 41 años y con cinco libros a su haber hoy por hoy se perfila como una de las más altas expresiones de la poesía lírica en la región y muy pronto lo será a nivel del país. Todos los que hemos leído sus poemarios anteriores sin duda coincidiremos en esta afirmación.

Sus versos tienen una belleza distinta que se asienta principalmente en las imágenes, metáforas y epítetos y sobre todo en símbolos que dan cuenta de un cosmos riquísimo en vivencias humanas e ideas trascendentes. Mientras otros poetas transpiran para lograr una buena metáfora, Alejandro Latorre nos inunda con cascadas de ellas, a tal punto que casi en cada verso es posible encontrarse con una de estas figuras poéticas. Es que Alejandro es un poeta esencial y todo su hablar, con una facilidad enorme, es fundamentalmente lírico. Es decir nació signado con el talento de los grandes y por eso ya es grande entre nosotros.

«FUEGO AZUL», la obra antológica que acaba de presentar, sintetiza lo mejor y más representativo de su creación poética, postada a lo largo de una período bastante breve: no más de seis- y que se inició con el poemario que se titula «Palabras crepusculares» en 1995; luego vinieron «Estaciones de luna», «El luminoso abismo del amor» y «El cantar de los amantes». Tanto en «FUEGO AZUL» como en las obras citadas se advierte que una de las constantes en la poesía de Latorre es el amor en todas sus expresiones, tanto del amor bello y fiel, carnal y espiritual, como del amor infiel y prohibido. Un efecto, respecto de este último, quizás a nivel consciente, lo define en forma más bien negativa. Dice:

*«El amor de los amantes es lengua de tribus ancestrales
es la fría estampida de intenciones
invisibles
es boca negra que todo lo destruye
el amor de los amantes es una
mordedura de serpiente».*

A nivel subconsciente, en cambio, donde se gesta la mayor parte de la creación poética y artística en general, es posible percibir cómo ese amor se agranda, crece, traspasa límites y alcanza niveles, no sólo de éxtasis humano, sin que llega hasta tocar la mirada incommensurable de la divinidad.

Esto es así por cuanto al amor no se lo puede encerrar en palabras, en reglas, en códigos o entre cuatro paredes para siempre: si existe de verdad, tiende a expandirse como el agua o como el viento, un agua y un viento ardientes respecto de los cuales más de una vez sentimos que nos jugamos la vida entera, la que nos resta y la otra posible o que anhelamos. Incluso la amada llega a ser el puente, el único puente, de una comunicación que las palabras no pueden expresar tal como se aprecia en los siguientes versos:

*«Tú eras todo un lenguaje de amor
que a mí me faltaba en las palabras».*

*Por lo mismo, con toda la ternura y el amor existencial que empuja su alma,
le pide a su amante:*

*«Háblame, corazón de sol,
háblame de tu profundidad de siglos,
acójeme y apréptame en la cruz de tu cuerpo
bésame los ojos y la frente
desnúdame en tu silencio
y anula mis caminos desiertos».*

El amor, verdadero y por mismo intenso, es como un fuego que nos consume deliciosamente cada día hasta que nos damos cuenta que en este empeño se nos pasó toda la vida. Entonces nos decimos que hemos sido felices y que todo, todo, valió la pena o, mejor dicho, la alegría de hacerlo. Curiosamente, a pesar de mostrar en sus poemas- repetimos- toda la rica gama de situaciones vividas y sentidas por los amantes en general, es decir desde las más espirituales y desgarradoras hasta las más concretas y corporales, lo hace siempre con un lenguaje bellamente poético, sin

enlodar este sentimiento, esta actitud, esta quizás única justificación verdadera de la existencia humana. Su palabra todo lo dignifica y cualifica, tocando con ello las fibras más profundas de nuestros corazones. Los amantes, tal como nos los presenta Alejandro, no necesitan nombre propio para existir y expresarse, sólo les basta con ser hombre y mujer para buscar coger uno en el otro esa unión eterna, hermosa, que nos permita realizar todos los sueños y dulcificar todos nuestros dolores.

Pero la poesía de Alejandro Latorre no se agota con el tema del amor. Al contrario, en sus poemas es posible percibir prácticamente todas las dimensiones de la existencia humana. En tal sentido, como todo poeta verdaderamente grande, nos entrega un cosmos dentro del cual caben todas las inquietudes, desde las más prosaicas hasta las más espirituales y metafísicas. Más aún, nos atrevemos a afirmar que en sus obras se advierte una clara síntesis entre lo terrenal y lo metafísico, incluso a nivel universal. Es decir, en sus versos hay una mezcla diferente, más amplia y profunda, más alta y, por lo mismo, con horizontes insondables y enigmáticos, aunque no siempre esperanzada, como se puede apreciar en los siguientes versos:

*«Nada ha de cambiar en el crucigrama universal, nada, nada, la eterna ley del infinito ha petrificado el seno de los caminos.
Y nosotros, diminutos habitantes singulares en la esfera terrestre,
Somos arrastrados en la continua corriente de la muerte».*

Por ello, teniendo clara conciencia de la finitud de la existencia, el poeta nos invita a seguir amando, a seguir creciendo con los otros, a ser cada vez más humanos, hasta llegar a la serenidad y a la sabiduría, hasta arribar al exacto segundo en que un «FUEGO AZUL» y tal vez divino, nos aceja en su regazo para siempre.

LUIS AGONÍ MOLINA

El libro "Fuego azul" [artículo] Luis Agoni Molina

Libros y documentos

AUTORÍA

Agoni Molina, Luis, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El libro "Fuego azul" [artículo] Luis Agoni Molina

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile